

XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2019.

LA INTERVENCIÓN DE LOS ESPACIOS INTERSTICIALES COMO MODO DE ACERCAMIENTO A LA CURADURÍA CONTEMPORÁNEA. EL CASO DEL PROGRAMA ESPACIO CONTEMPORÁNEO EN FUNDACIÓN PROA.

Jonathan Feldman.

Cita:

Jonathan Feldman (2019). *LA INTERVENCIÓN DE LOS ESPACIOS INTERSTICIALES COMO MODO DE ACERCAMIENTO A LA CURADURÍA CONTEMPORÁNEA. EL CASO DEL PROGRAMA ESPACIO CONTEMPORÁNEO EN FUNDACIÓN PROA. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-040/312>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Nueva praxis, Nueva Historia. Variaciones intelectuales en los 70's colombianos.

Sandra Jaramillo Restrepo (Medellín, 1980)
UBA, CeDInCI, Argentina

Ponencia para las XVII Jornadas Interescuelas. Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Catamarca. San Juan, Argentina. 2, 3, 4 y 5 de octubre de 2019.

Mesa Temática: Intelectuales y política en Argentina y América Latina. Proyectos transnacionales, emprendimientos editoriales y revistas político culturales en el siglo XX.

Introducción

En la Colombia de los años 70 tuvo lugar una significativa expansión de revistas y editoriales de izquierdas que se abrían paso para dar forma a un campo propiamente intelectual en medio de una gran agitación política.

Desde 1958 al país andino lo regía el Frente Nacional, un modelo por el cual los dos partidos tradicionales (liberal y conservador) alternaban el poder presidencial y se distribuían equitativamente otras instancias ejecutivas y legislativas. Dicho periodo sucede el que se conoce como la Violencia (1946-1958), proceso catalizado desde 1948 con el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán que provocó un amotinamiento conocido como el Bogotazo. Aunque algunos estudios han mostrado que la Violencia –que se dio principalmente en las zonas rurales y que estaba relacionada con una disputa por la tierra–, había comenzado al menos desde 1946 (Guzmán, Fals-Borda, Umaña-Luna, 1962). Durante la Violencia al país lo lideraron gobiernos conservadores que tensionaron el desarrollo económico, por el que de cierta manera seguían propugnando, con una contraofensiva a los avances de modernización política y cultural llevados a cabo por gobiernos previos de los años 30 conocidos como la República Liberal (1930-1946), entre los que se destacó el presidente Alfonso López Pumarejo y su política de la Revolución en Marcha. Entre ambos periodos tuvo lugar la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), militar de cariz populista y conservador que llevó a cabo un golpe casi pacífico allende el grave problema humanitario atravesado entonces en el país y por el cual habían caído en descredito los líderes conservadores. Incluso, Rojas Pinilla contó con el respaldo de sectores de la clase dirigente que poco después contribuirían a su derrocamiento (Archila, 2003), precisamente cuando el militar amenazara con adelantar políticas de cuño nacionalista.

La discursividad con la que el frentenacionalismo se gestó y se puso en marcha, estuvo apoyada en llamados a la democracia, rechazos a las dictaduras que simultáneamente tenían lugar en otros países latinoamericanos como Venezuela e invitaciones a mejorar la convivencia social, tras el crudo saldo de muertes, desplazamiento y descomposición (incluso moral) que dejaba la Violencia. Asimismo, el régimen se autoproclamó como acceso a la modernización, tanto de la economía, para lo que se habló de una Reforma Agraria, como del estado, por lo que animó la

implementación de algunas estrategias para fortalecer la institucionalidad. Y aunque el primer gobierno del Frente Nacional levantó la proscripción que pesaba sobre el comunismo desde los años de la dictadura rojista, el diseño político por el cual los partidos tradicionales detentaban de forma alternativa el poder, según una “repartición milimétrica en los órganos de representación política, en la función pública y en las altas cortes y la alternación presidencial” (Pizarro Leongómez, 2015), generó gran descontento entre emergentes grupos de las izquierdas. Al tiempo, hubo voces críticas que vieron en el régimen una segunda oportunidad para la modernidad “frustrada” de la República Liberal.

De esta manera, la agitación social y política caracterizó los años 60 colombianos que a su vez estaban articulados a un clima de época internacional en el que el triunfo de la revolución cubana desplegaba la Guerra Fría, pues el eje oriente/occidente se complejizaba con el eje norte/sur (Janello). De un lado, la mística revolucionaria de la isla resultaba inspiradora para una parte de la juventud andina que se politizaba y, de otro lado, en la clase dirigente, allende las disputas al interior de las institucionalidades política y partidistas, primaba una tradicional alianza con las políticas estadounidenses. Pero a todas estas, el Partido Comunista colombiano se mostraba muy apegado a las directrices del comunismo soviético, como no era infrecuente entre los comunistas latinoamericanos.

Como es sabido, en este clima de época –de utopías revolucionarias y sensibilidad antiimperialista– se configuró como una tercera vía el fenómeno internacional conocido como *Nueva Izquierda*, en general datable desde 1956 con la invasión soviética a Hungría y explicable como reacción a la burocracia stalinista. También este fenómeno es observable en Colombia, pero mientras que en países del cono sur esa nueva izquierda se configuraba sobre el sustrato de experiencias populistas que habían atendido, con mayor o menor éxito, la conflictividad social heredada de la industrialización latinoamericana, en Colombia el “costo social del desarrollo” había sido escasamente atendido; pues el país andino contaba con una clase dirigente con fuertes rasgos de élite y temerosa de experiencias populistas.¹ Además, la nueva izquierda en Colombia se configuraba precisamente como oposición al frentenacionalismo, principalmente porque el rasgo de alternancia presidencial confabulaba contra la aspiración de participación política de fuerzas emergentes. Pero no es un dato menor sumar entre las características particulares nacionales de este fenómeno, el hecho de que en Colombia habían tenido lugar experiencias guerrilleras previas a las propiamente revolucionarias. Nos referimos a las guerrillas liberales y comunistas surgidas en los años 40 como autodefensas campesinas que tuvieron un propósito defensivo de los minifundios frente a las amenazas expansivas de oscuros poderes terratenientes.

De esta manera, en Colombia la historia de la nueva izquierda está fuertemente vinculado a la implementación y desarrollo del frentenacionalismo. Y fue en este

¹ Algunos autores priorizan esta variable y llegan a afirmar que la violencia y conflictividad social largamente extendidas en Colombia, en temporalidad y geografía, halla una explicación en los reiterados fracasos de experiencias populistas. Entre dichos fracasos se cuentan las tentativas presidenciales de Jorge Eliécer Gaitán en la segunda mitad de los años 40, la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla quien fue derrocado en 1957 y su, aparentemente fraudulenta, pérdida de elecciones presidenciales en 1970 cuando el liderazgo fue tomado por el conservador Misael Pastrana Borrero.

mismo periodo en el que tuvieron lugar algunos desarrollos culturales, uno de los cuales estudiaremos en esta ponencia.

De revistas e intelectuales

En esa coyuntura histórica en la que se gestó el frentenacionalismo, también emergió en Colombia un nuevo tipo de intelectual que hacía continuidad con una esforzada tradición de pensamiento crítico, pero al tiempo marcaba diferencias porque se enfrentaba a nuevas realidades. De un lado, el Frente Nacional generaba condiciones porque daba juego para que una tecnocracia experta participara de las decisiones de estado vía sus nuevas instituciones, pero de otro lado, el régimen produjo rápidamente defraudamientos con respecto a sus promesas modernizantes (Jaramillo, 2017). En realidad los intelectuales y científicos, nacionales y extranjeros, habían sido objeto de persecución durante la contrarreforma conservadora hasta llegar al exilio o al ostracismo (Núñez Espinel, 2014). Pero desde mediados de los años 50 se ampliaban esfuerzos por recuperar posiciones en instituciones académicas o políticas, así como por crear nuevos escenarios de sociabilidad que les permitiera a algunos hombres, y en menor medida mujeres, reconocerse como parte de una comunidad letrada de alcance transnacional. Uno de esos escenarios fueron las revistas político culturales en las que se nuclearon grupos intelectuales y desde las cuales gestaron proyectos que reconocían el presente del país y visualizaban horizontes (Restrepo, 1989).

Justamente desde la sociología de la cultura contamos con estudios que han destacado esos artefactos culturales que son las revistas como formas de sociabilidad. Desde esta perspectiva las revistas, más que meras fuentes de contenido, permiten observar posiciones ideológicas, debates, espacios de sociabilidad o afinidades electivas (Pluet-Despatin, 1999; Sarlo, 1992). Se trata de “formaciones” que estructuran formas de auto organización de intelectuales o artistas (Williams, 1980), lo que nos permite reconocerles y estudiarles, allende sean ordenamientos más fluidos que los propiamente institucionales y por lo tanto amenacen a quien investiga con su aparente fluidez o carácter efímero. Esta perspectiva nos ofrece pues herramientas para hallar en emblemáticas revistas colombianas como *Crítica* (1948-1950) o *Mito* (1955-1962) un observatorio para ver en operación intelectuales críticos de la Colombia del medio siglo que habían resistido la Violencia o volvían del exilio como Jorge Zalamea o Jorge Gaitán Durán. Y verles en contraste con otros intelectuales de orientación marxista que salían del ostracismo como Darío Mesa o con algunos más inclinados originalmente a las nascentes ciencias sociales como Orlando Fals Borda (1925-2008) o el propio Camilo Torres, quienes se aplicaban a procesos de modernización a través de la fundación de la Facultad de Sociología (1959). De esta manera, el estudio de las revistas como discursividad y como proyecto, en articulación con la reconstrucción de los itinerarios biográficos de quienes las promovieron (Dosse, 2007b; Tarcus, 2004) nos resulta productivo para problematizar una época al reconocer la praxis de ese actor social que es el intelectual.

Pero además de esas revistas que hemos llamado emblemáticas, podemos reconocer una liviana red de revistas de menor duración promovidas en buena medida por estudiantes universitarios politizados que desde fines de los años 50 ponían en evidencia ese nuevo intelectual con ingredientes contestatarios que se configuraba en oposición al bipartidismo y se apropiaba de la utopía revolucionaria. Un caso

prototípico de esto en Colombia fueron tres números de la revista *Estrategia* (1962-1964), la cual reunía un grupo de varones profesionales y estudiantes universitarios, mientras era liderada por dos antioqueños de formación autodidacta recientemente instalados en la capital del país: Mario Arrubla Yepes (1936) y Estanislao Zuleta Velásquez (1935-1990) (Jaramillo Restrepo, 2019; Gómez, 2005). A diferencia de otras sociabilidades del momento, este grupo no se conformó con dar a luz la revista y una editorial homónima (que sólo concretó un libro) sino que dio lugar a una tentativa política bajo el nombre Partido de la Revolución Socialista-PRS. Pese a su duración efímera, la historiografía lo inscribe como una de las primeras organizaciones de la nueva izquierda en el país (Archila, 1996).

Efectivamente, re visitar esta publicación nos ha permitido afirmar y desarrollar esa hipótesis, relativa a que se estamos ante un esfuerzo organizativo susceptible de ser situado en la nueva izquierda, pues reconocemos en el PRS una radicalización discursiva inspiradora para ese espectro político emergente. En oposición a la visión comunista (matriz en la que sus líderes y algunos de sus miembros habían tenido una primera experiencia), en el *Grupo Estrategia* se oponían a la expectativa desarrollista que para entonces se debatía en el escenario nacional, puesto que no veían en la llamada burguesía nacional un potencial revolucionario y además consideraban escasas las posibilidades de expansión del mercado nacional. En consecuencia con ello, los intelectuales de *Estrategia* se precipitaban a invocar una revolución socialista, antiburguesa, antifeudal y antiimperialista. Sin embargo, para concretarla fue menester que poco después de dar rienda a su radicalización discursiva, ellos mismos invocaran un compás de espera y llamaran a la racionalidad marxista para contener las masas informes. La estrategia dejaba atrás el PRS y promovía una organización más jugada hacia lo intelectual cuya principal tarea era la formación de cuadros intelectuales que acompañaran la única vanguardia posible, esto es, la clase obrera.

El intelectual prototípico al que *Estrategia* dio lugar fue precisamente el que hemos dado en llamar *intelectual del compromiso* enmarcable en la teorización que sobre esto desarrolló –y encarnó– Sartre, quien entre “todos los pensadores vivos era sin duda el que tenía un mayor peso sobre quienes orientaban el partido [PRS], el único que podía compararse con los que fundaban el proyecto cultural y político del grupo, con Marx y Freud” (Melo, 2005, pp. 38-39). De hecho el único libro publicado por la editorial *Estrategia* fue *Problemas de método* (1963a) traducido por uno de los miembros del grupo, el entonces estudiante de filosofía Jorge Orlando Melo (1942), desde la revista francesa *Les Temps Modernes*, pocos días después de su publicación original. En la línea de la agenda sartreana, los intelectuales de *Estrategia* veían urgente atender la crisis del marxismo, explicada por la burocratización soviética que había hecho de esta herramienta de la crítica un “vulgar” “esquematismo”. Para ellos, teoría y práctica estaban finamente imbricadas y la labor como intelectuales era enfáticamente entendida como una intervención política.

Sin embargo, este tipo de intelectual emergente se envejeció demasiado rápido en el país cuando más entusiasta resultó el *intelectual revolucionario* posicionado por el arrasador carisma de Camilo Torres (1929-1966). El cura sociólogo encarnó la frustración que sobre sectores críticos dejaban los primeros gobiernos del Frente Nacional en el país andino, pues pasó, en poco tiempo, del claustro universitario

desde donde colaboraba con el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria-INCORA², para engrosar las filas del naciente Ejército de Liberación Nacional-ELN de inspiración guevarista. Muy poco tiempo después Torres murió en combate, pero antes de su paso a las armas había sido figura capital de un movimiento de masas que también hizo del impreso una herramienta: el Frente Unido. A diferencia de las revistas mencionadas, el homónimo órgano de este movimiento fue un periódico de mucha periodicidad que priorizaba la información, la denuncia y la agitación.

De esta manera, en la década que va entre mediados de los años 50 y mediados de los años 60, en el país andino son observables, a través de publicaciones que al tiempo tenían pretensiones políticas y culturales, agrupamientos intelectuales que encarnaron modelos críticos, del compromiso y revolucionario. Para una franja de la intelectualidad de entonces, la muerte en combate de Camilo Torres, junto con los ajusticiamientos internos de las organizaciones de la nueva izquierda emergente fueron impactantes y algunos de los que no consideraron oportuno virar –por lo menos en lo inmediato– “de la pluma al fusil”, recrearon su praxis en el campo revisteril que para la década de 1970 adquirió un mayor espesor. Si a inicios del Frente Nacional, la oposición al bipartidismo –que tuvo formas institucionales y extrainstitucionales (Archila, 1996)– fue un parte aguas, a mediados del periodo se sumó el debate por las formas de la revolución como un nuevo eje de polémica. De esta manera, las izquierdas colombianas fueron configurando un mosaico amplio pero cada vez más fragmentado que hallaba dificultades para oponerse a una clase dirigente que recreaba formas de solidaridad de clase y exclusión social, mientras no escatimaba en prácticas represivas.

Entre filósofos y científicos

La segunda época de la revista *Ideología y sociedad* (1970-1977) salió a la luz en octubre de 1972³ y sus promotores narraban su propio recorrido ubicando el “concepto” de capitalismo como motor de su reemprendimiento, pues en la elaboración crítica y concreta del modo de producción estaría a su parecer su aporte a la revolución colombiana. Esta revista reunía intelectuales trotskistas y socialistas que para entonces convergían en lo que se conoce en el país como la Tendencia Socialista, un frente que a lo largo de la década tuvo experiencias político partidarias como el Bloque Socialista, la Unión Revolucionaria Socialista o el Partido Revolucionario Socialista (García Velandia, 2009; Caro, 2015). Desde el vamos en esta revista ubicaron a Mario Arrubla como un intelectual de referencia e incluso trazaron una línea de continuidad entre el *Grupo Estrategia* y ellos mismos. Adujeron que el desarrollo programático alcanzado por el agrupamiento de inicios de la década no había hallado una práctica organizativa duradera como la que ellos mismos ahora concretarían.

Efectivamente, en el seno de *Estrategia* Arrubla desarrolló tres ensayos sobre el capitalismo colombiano que años después fueron publicados como libro bajo el título *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* (1969). El formato de libro favoreció la

² El INCORA fue un superorganismo encargado de diseñar, promover y evaluar la política estratégica de la reforma agraria. Implementado en los primeros gobiernos del Frente Nacional contó con la colaboración de una masa experta entre la que se contaron profesores universitarios.

³ La primera época de la revista se cumplió entre 1970 y 1972 y llevó como título *Ideología, diseño y sociedad*.

recepción de esta producción teórica, pero también la masificación del movimiento estudiantil que se alcanzaba en la nueva década. Es decir, el encuentro entre un público más amplio y un autor que se vinculaba con una problemática actualizada y para la cual tenía una perspectiva novedosa que ofrecer, favoreció que se produjera un fenómeno editorial en la forma de “libro de izquierda” (Gómez, 2005; Jaramillo Restrepo, 2018).

En el *Grupo Estrategia* se había operado una recepción del marxismo (y del psicoanálisis) por la vía sartreana, de modo que los intelectuales allí reunidos se vinculaban con una tradición historicista que valoraba libros como el *18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, la *Ideología Alemana* o los *Manuscritos de 1844*. Pero de manera simultánea, Arrubla había abierto fuego al estudio concreto del capitalismo colombiano inspirado en *El Capital*, pero apoyándose también en una corriente del marxismo crítico inspirado en la Ley de Desarrollo Desigual (Trotsky, Baran, Sweezy, Mandel). De esta manera él se había dispuesto a pensar en las posibilidades para el socialismo en un país que si bien contaba con un mercado nacional, estaba lejos de un desarrollo capitalista cabal, a más de que para ellos era claro el altísimo costo social que hasta el momento había dejado el desarrollo nacional alcanzado.

Arrubla se afincó en un lenguaje económico y se apoyaba en algunos pocos estudios previos sobre la estructura de la tierra, pero sobre todo en los trabajos pioneros de Luis Eduardo Nieto Arteta (1913-1956), quien en el medio local se había destacado por trabajar con una perspectiva propia del materialismo dialéctico (Cataño). Su principal conclusión fue definir a Colombia como un capitalismo dependiente y operar con la noción de imperialismo, lo que era una novedad en el medio criollo para inicios de los años 60. Adicionalmente, Arrubla trabajaba con una lectura de la historia económica nacional inmersa en un proceso histórico de economía mundial. De esta manera el grupo evidenciaba su vinculación con “corrientes estructuralistas” que “dominaron el cuadro de la historiografía hasta los años 70” y que eran afines a la visión marxista de la historia como totalidad, esto es la *Escuela de los Annales* y su par norteamericana: *New Economic History* (Aguirre Rojas, 1986; Bejarano, 1997). De modo que entre los autores específicamente citados en *Estrategia* hallamos al historiador líder de *Annales*, Fernand Braudel, con su obra cumbre *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, e igualmente hallamos la referencia explícita a Ernst Mandel con su *Traite de économie marxiste* (1962, Paris: Julliard)⁴ que iluminaba la “historia universal” de “los últimos cinco siglos”.

La vinculación con la tradición historicista que veía en la voluntad humana el motor del cambio histórico tensionaba fuertemente este saber de las estructuras que Arrubla requería para intervenir en debates políticos acuciantes:

La posición estructuralista constituye el reflejo ideológico de sociedades estratificadas en las que el hombre, agobiado por el equilibrio estático de sus determinaciones materiales y temeroso de reconocer en ellas los míseros resultados de su acción pasada, parece haber perdido la esperanza de llegar a esa tierra prometida en la que pueda retomar en sus manos el control de la historia. En la medida en que remarca una experiencia real —la rígida estructuración de su medio social— *tal concepción aporta instrumentos de análisis irremplazables*. En la medida en que convierte lo que

⁴ Los intelectuales que estudiamos trabajaron este texto en francés, pues sólo hasta 1969 se conocerá una traducción castellana ofrecida por la editorial ERA de México.

le ha sucedido a una- sociedad en una definición del ser social, degenera en un *inhumanismo* (Arrubla, 1963, pp. 10. Subrayado nuestro).

Es decir, coexistían, forzosamente, la historia y la estructura, el humanismo y el estructuralismo que en otras escenas político intelectuales como la francesa, se mostraban más disociados. Y es que para el medio local, aproximarse a la visión estructural era concretar un combate al “provincianismo” que reducía la historia nacional a hechos locales, mientras se hacía del marxismo una herramienta racional, científica, más objetiva. Para ello Arrubla construyó la frase “efectista” de que “no existe una historia nacional” que aceleró el debate interno, pero también le generó a la postre múltiples críticas,

No existe una historia nacional. Se trata de una mistificación que encuentra su origen en el hecho de que nuestros países han vivido pasivamente la conformación de sus estructuras sociales por fuerzas que operan primordialmente desde lo exterior, que han sufrido sus cambios sociales más bien que promoverlos ellos mismos y que se han visto empujados a sus transformaciones estructurales por grandes cambios en la correlación de las fuerzas imperialistas, cambios en los que como es natural han tenido poco que ver (Arrubla, 1963, pp. 10 ss. Subrayados nuestro).⁵

Al tiempo, el saber de las estructuras amenazaba de rigidez e “inhumanismo” una época que requería del factor voluntarista para la revolución. En relación a este punto cobraba lugar la vinculación de Arrubla con una corriente del marxismo crítico que confrontaba la lectura de Marx como una “filosofía materialista de la historia” emparentada sustancialmente con el progreso que le era “funcional” al stalinismo (Tarcus, 2008a). Citando a Mandel, Arrubla dice: “En ninguna parte de la tierra hay una evolución rectilínea del progreso, comenzando por las primeras fases de recolección de frutos hasta la industria capitalista (o socialista) más avanzada”. Para después aclarar explícitamente que

El Manual de Economía de la Academia de Ciencias de la URSS presenta una imagen muy distinta del desarrollo histórico y social. Se ve allí un esquema rectilíneo según el cual cada sociedad debe desarrollar al máximo las potencialidades productivas que tal o cual forma de organización económica lleva en su seno, antes de que pueda pasarse a una forma superior (Arrubla, 1963, pp. 50-51).

Estos rasgos singularizan la figura de este intelectual en el medio local justificando para nosotros su estudio; e igualmente eran las características en las que se apoyaban los intelectuales socialistas de los años 70 para tomarlo como un referente.⁶ Pero aunque su libro siguió circulando, Arrubla en la nueva década no se mostraba ya muy proclive a realizar síntesis con las que se interviniera de forma directa en el debate

⁵ La influencia psicoanalítica muy propia del *Grupo Estrategia* también evoca, en relación a este punto, las frases de cuño lacaniano como “no hay relación sexual” (Seminario 11 de Lacan en 1964) o “la mujer no existe”. Dichas frases pueden entenderse como efectistas, confrontativas o provocadoras en tanto niegan para poner en evidencia, a renglón seguido, la irreductible pluralidad: “la mujer no existe, existen las mujeres”. Como hemos indicado, más allá de sus lecturas de Freud, había en Zuleta y Arrubla unas primeras aproximándose a la escuela lacaniana. Sin embargo, nuestra revisión documental no permite interpretar puntualmente este vínculo psicoanálisis historia en relación a la expresión “no existe una historia nacional”.

⁶ También tuvieron lugar recepciones de la obra de Arrubla en el marco de organizaciones de la nueva izquierda que legitimaron en su obra la postura antiimperialista con la que justificaban el paso a las armas.

político intelectual, en la línea que sí exponían los promotores de *Ideología y sociedad*. Más allá de las elecciones o preferencias individuales, lo que vemos en el gesto de este intelectual que para la década contaba con un protagonismo significativo en el campo de las izquierdas, es la variación entre ese *intelectual del compromiso* muy definitorio en los orígenes de la nueva izquierda local y un intelectual más específico de tipo científico que estaba naciendo. Valga precisar que ese nacimiento era sincrónico a los avances en las ciencias sociales que se desarrollaban en la región, pero en Colombia también coexistía con picos de movilización social –con estudiantes y campesinos como protagonistas– a los que el establecimiento respondía de forma represiva (Archila, 2003).

La plataforma en la que son observables estas variaciones en el modelo intelectual que venimos señalando es la revista *Cuadernos Colombianos* (1973-1979) dirigida por el propio Arrubla y financiada por una editorial de izquierda *La Carreta*.⁷ Es evidente el diálogo entre esta revista e *Ideología y sociedad*, pues compartían temáticas y autores, e incluso se dieron algunas polémicas en torno al problema del desarrollo y la estructura de la tierra. Pero para efectos de nuestra ponencia cobra interés un artículo publicado por el director de la revista *Cuadernos Colombianos* en su primer número titulado “El sujeto y el objeto en el campo de la cultura científica” (1973). Aunque no se propone explícitamente como un editorial o una presentación de la nueva revista, cosa que en realidad no encontramos –es decir, no hay editoriales, ni manifiestos, ni presentación, ni síntesis políticas en la revista en general–, nuestra lectura nos permite reconocer el artículo como un testimonio de las disyuntivas del intelectual en relación a su función político social o, en otras palabras, los desgarramientos entre un modelo y su puesta en operación en un medio específico. Veamos de cerca dicho texto.

En este ensayo, el estilo discursivo es contrastante con los ensayos precedentes de Arrubla, construye una reflexión que vemos críptica porque no hace reflexiones concretas, ni se refiere a algún actor específico, ni ofrece una derivación práctica, por ejemplo de tipo político o ético. Lo que él hace es distinguir el filósofo y el científico, pero vemos un cierto nivel de dramatismo. Es decir, hay una suerte de sujeto sangrante merced a un cambio de época en la que “el hombre práctico” se descubre “perverso” al “[vestir] con el traje universal de la razón sus intereses particulares” (Arrubla, 1973, pp. 71). Se observa, dicho sea de paso, la presencia de expresiones de cuño psicoanalítico contenidas en este texto que analiza precisamente la relación entre el objeto a conocer y el sujeto conocedor.

Hace ya mucho tiempo dejamos de ser filósofos para convertirnos en científicos de los hechos humanos. Con el paso de la filosofía a la ciencia ganamos ciertamente mucho, aunque sólo un poco más de lo que perdimos. Hoy, todo pensador que se respete hace ciencia, no menos que un naturalista. Como éste, tiene su objeto propio, perfectamente circunscrito, sin un solo resquicio por donde pueda sustraerse a su trabajo descriptivo y explicativo [...] El nuevo científico debe ser ante todo un abstencionista, sólo debe aspirar al saber sin contaminar a su objeto demasiado próximo con movimientos volitivos o libidinales, lo que no es mayor gracia en quien se

⁷ *La Carreta* fue una editorial influyente del periodo que se encuentra en el universo de editoriales promovidas por simpatizantes o militantes de las izquierdas. Uno de los autores más publicados en ella era el propio Arrubla, cuyos significaban un ingreso económico significativo para la editorial. También en la editorial se publicaron textos del otro líder del viejo *Grupo Estrategia*, Estanislao Zuleta.

ocupa de amibas, de galaxias o sustancias químicas (Arrubla, 1973, pp. 67. Subrayado nuestro).

Sin embargo, la alternativa por una “teoría científica” que se concreta según un “proceso verbal desinteresado, desapasionado, objetivo, desprovisto de toda apetencia práctica” trae consigo sus propios riesgos. Esto es, el filósofo supuestamente libre se “consagra al saber de las estructuras” y en ese giro el principal problema es encontrarse con el “científico americano” que para el autor es un “Roquetín sin nausea”. Es decir, al parecer del autor este tipo de científico emprende grandes y sofisticadas empresas técnicas para concluir algo que se conocía desde el vamos. Siendo este mecanismo una cierta fetichización de todo lo que en el mundo existe porque en su afán de objetividad llega a la descripción de lo que ya estaba dado mientras deja de lado la pregunta por el “para qué” de ese ejercicio científico.

El artículo pone de presente un impase porque el filósofo era un “falso” “hombre práctico”, mientras el “científico americano” renuncia absolutamente a la práctica. La de Arrubla no es una reflexión que tome partido por el “científico americano” que evita la acción y deja atrás el “filósofo”, sino que problematiza ese tránsito y esboza una resignificación de la praxis intelectual, es decir, el autor no niega la práctica sino que la reposiciona. De un lado se indica que “[e]l materialista buscaba desde atrás al hombre práctico, este hombre seguía siendo la finalidad de su trabajo y con ello el investigador daba muestra de rezagos humanistas que no podían sino entrabar el libre despliegue de la ciencia” (Arrubla, 1973, pp. 73, 76. Subrayado nuestro), pero de otro lado, sostiene la necesidad del filósofo otorgándole una nueva tarea: la de indicar el objeto a investigar

Los extravíos del hombre que se quiere práctico son, con toda su inmediatez, el primer orden o las primeras letras que grabamos sobre la piel del mundo, que ese hombre nos descubre en sus tropiezos mismos las jerarquías de lo que ha de ser pensado, lo que la cultura debe trabajar (Arrubla, 1973: 88. Subrayado nuestro).

En síntesis, las relaciones teoría-práctica, humanismo-antihumanismo, materialismo-estructuralismo con las que Arrubla está lidiando en este artículo no son compartimentos estancos ni sucesivos. De hecho desde el momento *Estrategia* hay destellos del científico y en *Cuadernos Colombianos* hay un intelectual que insiste en la pregunta por el sentido de la ciencia. La *Náusea* sartreana que era emblema de un filósofo autosatisfecho había hallado en el modelo del compromiso una alternativa de intervención en la que sin perder absolutamente la autonomía intelectual, el filósofo se hacía responsable de su tiempo. El mecanismo para esto era intervenir como conciencia activa con una palabra beligerante que acompañaba los *Condenados de la Tierra*, mientras denunciaba un modo de producción opresor, y a sus agentes, pero además entendiendo la cultura como política y las palabras como acciones (Sartre, 1963b).

En la escena francesa el humanismo historicista ejemplificado por Sartre ponía en el centro de la Historia al “hombre”. El cual, en su necesidad de “poner sentido práctico en el mundo”, adquiriría “el derecho a hablar por todos los hombres” convirtiéndose en un universal. Esto fue radicalmente rechazado por Claude Lévi-Strauss quien en el último capítulo de *El pensamiento salvaje* debatía abiertamente con Sartre acusándolo de construir una idea fija de “hombre” reduciéndole potencia a la radical otredad. Para Lévi-Strauss “el fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino

disolverlo” y en este gesto dejaba de ser tan claro que el “inhumanismo” estuviera del lado del estructuralismo y más se abría la compuerta para ver derivas despóticas en la totalización sartreana (Lévi-Strauss, 1997 [1962]). En el contexto europeo esto no fue inocuo, pues de la mano de Lévi-Strauss se reposicionaban otros intelectuales dando paso no sólo a “estructuralismos” de diferente cuño, sino también a una forma de ser intelectual más específico que perdía en capacidad de intervención pero ganaba en profundidad (Hora y Tarcus, 1993; Dosse, 2004).

En Colombia, el caso de la revista *Estrategia* de inicios de los años 60 es una muestra de que esta escisión no fue tan marcada, pues la recepción del marxismo humanista que allí se expone, no excluyó reconocer otras teorías críticas de la posguerra como el propio Lévi-Strauss. Al parecer, esto estuvo en consonancia con lo ocurrido en otros países latinoamericanos en donde sus intelectuales encontraron también compatibilidad entre el humanismo y el estructuralismo emergente. En la región, la figura de Sartre estaba asociada a las luchas del Tercer Mundo y al carácter profético de la revolución cubana y sobre todo del Che Guevara (Gilman, 2003). Específicamente en el caso argentino Barrera (2015, pp. 11) señala que en este campo, intelectuales como Oscar Masotta presentaron “la novedad estructuralista como perfectamente compatible con el marxismo y sus exigencias revolucionarias”. Y, en esta misma línea, Terán (2013) encuentra una coexistencia de los modelos de *intelectual del compromiso* de tipo sartreano y del *intelectual teoricista* de cuño althusseriano en la nueva izquierda intelectual argentina. Nuestra investigación no nos permite aún avanzar en una afirmación de este tipo para el campo colombiano en términos tan generales, pero sí podemos identificarla como una hipótesis productiva a partir de reconocer la coexistencia en intelectuales que fueron protagónicos del periodo. Subrayamos que en Arrubla vemos que la tensión humanismo – estructuralismo, y sus correspondientes modelos intelectuales, no se resuelve yendo completamente hacia el “saber de las estructuras” y tomando distancia de la acción, sino que va reubicando la acción como tal:

Consagrándose al saber de las estructuras, el teórico, ya no persigue al hombre desde esa otra parte que era el fundamento de su objetividad, sino que, en un acto de objetividad suprema, se olvida de él para encaminarse directamente a la otra parte. Aunque tampoco puede decirse que lo olvida. Más justo es decir que, en un acto de desprendimiento clásicamente científico, se limita a negarle todo privilegio en la empresa de la ciencia misma, la que se hace más ciencia cuando deja de fijarse como meta este objeto específico que es el hombre práctico (Arrubla, 1973, pp. 76. Subrayado nuestro).

Además, en el caso de Arrubla lo que observamos es que el intelectual comprometido no desaparece, pues su pregunta por la práctica está muy viva, pero sí está fuertemente interpelada por la objetividad, hasta el punto de bascular hacia un *intelectual científico*. Dicha basculación no se explica por una fascinación científica, sino que hay una fuerte preocupación por la validez de la palabra enunciada por el sujeto que conoce. Ahora, en la Colombia de los años 70, ese intelectual científico se recreó específicamente en la “ciencia” de la historia y ahí es donde podemos reconocer el aporte de *Cuadernos Colombianos* a la profesionalización de la historia en el medio local. Es decir, en la línea del programa de la *Escuela de los Annales*, en el país andino reconocemos la “nueva historia” como uno de los frentes en los que el *intelectual del compromiso* de inicios de los 60 resignificó su *praxis* en la década

siguiente, mediando un crudo feedback entre el contexto político y el campo propiamente intelectual que se configuraba.

Cerrando líneas

La nueva historia fue un “movimiento muy heterogéneo” en el que una generación de intelectuales se abocó al estudio profesional de la historia en oposición a lo que se denominaba “historia académica”. Esta nueva corriente se distinguía por el “rigor y la profundidad en el análisis” y por la pretensión de superar “las tradicionales determinaciones de partido, religión, clase, etnia, familia” que habían dominado el campo de la historia en el país. Además, se pretendió ampliar el espectro hacia problemáticas anteriormente “marginales: historia de la educación, de la ciencia, de la vida cotidiana, de las ciudades, de las formas de violencia” (Tovar Zambrano, 1989; Melo, 1999; Restrepo, 1989b). Aunque algunos protagonistas plantean que esta corriente fue efecto de esfuerzos individuales, lo cierto es que lograron concretarse obras colectivas. Además, hubo apoyos institucionales diversos, un ejemplo fue el patrocinio de Colcultura al *Manual de Historia Económica de Colombia* producido originalmente en 1978 con el prólogo del historiador Jaime Jaramillo Uribe (1918-2015) considerado como uno de los “padres” de esa corriente, pues fue quien abrió las compuertas para que se fundara como carrera universitaria recién en los años 80 (Restrepo, et. al., 2004).

Entre las figuras que encontramos haciendo presencia en la nueva historia están precisamente algunos de los estudiantes y jóvenes intelectuales que habían hecho parte del *Grupo Estrategia* como Jorge Orlando Melo, Jorge Villegas y después Luis Antonio Restrepo, Álvaro Tirado y Jesús Antonio Bejarano. Melo, quien había sido el traductor de *Problemas de método* en 1963 decía a propósito de la nueva historia que los reunían intereses comunes que

[...] tenían cierta coherencia con la visión de la historia como ciencia y con las perspectivas políticas dominantes en el mundo universitario, donde se concentraban los investigadores de la historia. La visión de la historia como herramienta de análisis que podía contribuir, directa o indirectamente, a la búsqueda de una sociedad más justa, era inseparable de la prioridad que se daba al análisis de las estructuras socioeconómicas y al estudio de los conflictos en este terreno (Melo, 1999, pp. 165).

Es decir, hay una convergencia hacia una decidida profesionalización de la historia en el país, pero los protagonistas de la nueva historia buscaron herramientas teórico metodológicas en corrientes intelectuales internacionales que dominaban la escena de los años 60 y 70 y, sobre todo en un primer momento, tuvieron el análisis de la formación nacional como un objetivo central. Por su parte, Bejarano (1997, pp. 288) nombra este proceso como una “revolución” historiográfica que pretendía priorizar un punto de vista “desde abajo” dando importancia a la gente del “común”, allende las dificultades que traía en materia de fuentes. Para lo cual era importante la vinculación con corrientes estructuralistas como la *Nouvelle Histoire* de la Escuela de los Annales, la corriente norteamericana *New Economic History* y la historiografía Marxista como tal. Corrientes que traían consigo una nueva perspectiva de la historia como ciencia.

El impulso de *Cuadernos Colombianos* a esta nueva historia, es evidente en la centralidad de los análisis económicos y el uso de datos duros de tipo estadístico que

fueron características de la revista. A esto se suma que al inicio de la década hallamos a Arrubla construyendo un libro de series estadísticas en coautoría con el economista Miguel Urrutia Montoya, profesionalizado en economía en Estados Unidos y con una significativa carrera ejecutiva en el gobierno nacional como Ministro de Hacienda en el gobierno de Carlos Lleras Restrepo o Director de Planeación Nacional en la presidencia de Alfonso López Michelsen que vino poco después: 1974-1978. Allí los autores dicen que el propósito del libro es justamente producir una información empírica básica para alentar las investigaciones de historia económica en el país (Urrutia y Arrubla, 1970).

Más avanzada la década, en el contexto de libros colectivo promovido a fines de los años 70 por la editorial mexicana liderada por Arnaldo Orfila, siglo XXI, apareció el libro *Colombia Hoy*. Para el país andino el editor Alberto Díaz propuso a Mario Arrubla como compilador y fue así como en abril de 1978 apareció un texto que “para 1990 había tenido 13 ediciones” (Melo, 1995). No sin “melancolía”, decíamos antes, Arrubla presenta esta obra como un hecho significativo para la vida intelectual del país:

El surgimiento de un nuevo grupo de escritores como los que se reúnen en este libro es efecto de un momento histórico caracterizado por la separación de la orientación político-económica de la sociedad y los dominios de la cultura. Esa separación *que en abstracto siempre debe lamentarse*, resulta afortunado y preñado de promesas en un momento en que el orden institucional prevaleciente revela una inercia que priva de toda iniciativa histórica a las personas que ocupan las posiciones de mando. Afortunado en tanto abre posibilidades para *un pensamiento “irresponsable”, es decir, más autónomo* que pueda ir forjando posibilidad que no son ni siquiera concebibles en ese momento (Arrubla, 1978. Subrayado nuestro).

Así pues, por la vía de un estructuralismo que recreaba la ciencia de la historia y el desafío de la totalidad, Arrubla hacía una nueva demanda de autonomía intelectual para lo cual paradójicamente se autonombró “irresponsable”. Es decir, si de la mano de Sartre, Arrubla demandó autonomía a inicios de los años 60 con respecto a un marxismo con el que se comprometía –pero desde un costado crítico o heterodoxo y con distancia del Partido Comunista Colombiano y del stalinismo–, en los años 70 hay un gesto que él nombra como “irresponsable”. A nuestro entender ese gesto es una renovada demanda de autonomía en este caso con respecto a una nueva izquierda que enfatizaba las armas y marginaba el intelectual. Este reposicionamiento, sin embargo, era enunciado de una forma muy distinta al tipo de enunciación que concretada por los intelectuales de *Estrategia*, pues en la nueva década la fuerza de la argumentación estaba acompañada de un cierto escepticismo, de una suerte de reubicación en “al margen”. Es decir, aquí ya la cultura no es política en sí misma, como la define la teorización del compromiso hecha por Sartre, sino que la cultura es otra cosa

En estas condiciones, la marginalidad de la cultura en relación con las instituciones debe ser en una medida considerable defendida porque ella suministra un terreno adecuado para la progresiva construcción, al lado de las jerarquizaciones económicas y políticas, de ese orden de legalidad que es el de las ideas, un orden que extrae su propio peso de su *irresponsabilidad radical frente a las relaciones sociales de fuerza*. Irresponsabilidad no significa aquí *la aberrante, promoción soreliana de la violencia* y menos aún el distanciamiento cientifista del escritor y su objeto, sino que consiste en un esfuerzo verdaderamente laborioso por escapar a las determinaciones materiales y hacer del pensamiento otra cosa, que el reflejo pasivo de la vida de los grupos

sociales y más en general de la misma existencia social. Los intelectuales, con su trabajo irresponsable, pueden contribuir poderosamente a dar fluidez a la vida de la sociedad y crear un clima favorable para que la imaginación política, ganando en vivacidad, conciba un día los caminos que resultan inaccesibles a la sola reflexión (Arrubla, 1978. Subrayado nuestro).

El saber de las estructuras y su sostenida (hasta el presente) postura antiimperialista fue para Arrubla la vía para elaborar su propia memoria de *intelectual del compromiso* sin caer en la postura del “converso”, una de las tres en las que Rabotnikof (2002) tipifica la memoria elaborada por la intelectualidad de los años 60.

Fuentes y bibliografía citada

Publicaciones

Cuadernos Colombianos. Bogotá. 1973-1979

Estrategia. Bogotá. 1962-1964

Frente Unido. Bogotá. 1965-1971

Ideología y sociedad. Bogotá. 1972-1977

Aguirre Rojas, C. A. (1986). Hacer la historia, saber la historia: entre Marx y Braudel. *Cuadernos Políticos*, 48, pp.45-72.

Archila, M. (1996). ¿Utopía armada? Oposición política y movimientos sociales durante el Frente Nacional. *Controversia*. 168, pp. 26-53.

Archila, M. (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: ICANH, CINEP.

Arrubla, M. (1963). La sociedad colombiana, producto de la historia de la dependencia. *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano. Estrategia*. 2, pp. 7-39.

Arrubla, M. (1973). El sujeto y el objeto en el campo de la cultura científica. *Cuadernos colombianos*. 1, pp. 66-88.

Arrubla, M. (1978b). Síntesis de Historia Política Contemporánea. En Arrubla, M. (Com.). *Colombia Hoy*. Bogotá: Siglo XXI.

Barreras, L. (2015). Estructuralismo en la Argentina: filosofía, ciencia (social) y política. En *Avatares filosóficos. Revista del Departamento de Filosofía UBA*. 2, pp. 1-11.

Bejarano Avila, J. A. (1997). Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura-ACHSC*, 24, pp. 283-329.

Caro Peralta, A. (2015). Ideología y Sociedad: Una revista de la nueva izquierda colombiana. Ponencia presentada en las VIII Jornadas Historia de las izquierdas. CeDInCl. Buenos Aires.

Dosse, F. (2007b). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de València.

García Velandia, M. (2009). El presente es de lucha, el futuro socialista. En *Una historia inconclusa. Izquierdas sociales y políticas en Colombia* (pp. 141-178). Bogotá: Cinep.

Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gómez, J. G. (2005). *Cultura intelectual de resistencia. Contribución a la historia del “Libro de izquierda” en Medellín en los años setenta*. Bogotá: Colciencias-Universidad de Antioquia, Ediciones Desde abajo.

- Hora, R. y Tarcus, H. (1993). Introducción. Foucault y el marxismo. En *Disparen a Foucault* (pp. 7-30). Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Jaramillo, J. E. (2017). *Estudiar y hacer sociología en Colombia en los años sesenta*. Bogotá: Universidad Central.
- Jaramillo Restrepo, S. (2019). Revista Estrategia y trayectorias intelectuales en los agitados años 60 colombianos. *Sociohistórica*. 43, e070. Recuperado de: <https://doi.org/10.24215/18521606e070>
- Lévi-Strauss, C. (1997). Historia y dialéctica. En *El pensamiento salvaje* (pp. 355-390). Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Melo, J. O. (1963). Sartre y el marxismo. *Estrategia*. 3, pp. 98-106.
- Melo, J. O. (1995). Colombia hoy. Recuperado de: <http://www.jorgeorlandomelo.com/colombiahoy.htm>
- Melo, J. O. (1999). De la nueva historia a la historia fragmentada: la producción histórica colombiana en la última década. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Vol. 36 (50-51), 165-184.
- Núñez Espinel, L. A. (2014). *Marxistas, liberales y antifascistas. Configuración de una generación intelectual de izquierda en Colombia (1930-1951)*. Tesis de Doctorado no publicada, Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Colombia.
- Pizarro Leongómez, E. (2015). *Una lectura múltiple y pluralista de la historia*. En: *Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 5-98). Disponible en: http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co/mesadeconversaciones/PDF/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana%2C%20Febrero%20de%202015.pdf
- Pluet-Despatin, J. (1999). Une contribution a l'histoire des intellectuels: les revues. *Les Cahiers de L' IHTP*. 20, pp. 125-136.
- Restrepo, L. A. (1989b). Literatura y pensamiento 1958-1985. En *Nueva Historia de Colombia. Vol. VI*. (pp. 89-108). Bogotá: Planeta.
- Sarlo, B. (1992). Intelectuales y revistas: razones de una práctica. *América. Cahiers du CRICCAL*. 9-10, pp. 9-16.
- Sartre, J. P. (1963a). *Problemas de método*. Bogotá: Estrategia.
- Sartre, J. P. (1963b). Los condenados de la tierra. En: *Colonialismo y neocolonialismo. Situaciones*, V (pp. 121-139). Buenos Aires: Losada.
- Tarcus, H. (2004). Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la argentina de los veinte. *Revista Iberoamericana*. LXX (208-209), pp. 749-772.
- Terán, O. (2013). *Nuestros años 60. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Jaramillo Restrepo, S. (2018). Un libro fundador en los años sesenta: Estudios sobre el subdesarrollo colombiano de Mario Arrubla Yepes. Ponencia presentada en las V Jornadas de investigación. Nuevas aproximaciones a la historia intelectual. A cien años de la reforma de Córdoba y cincuenta del 68 Historia de las izquierdas. Archivo General de la Universidad de la República. Montevideo 18 y 19 de octubre de 2018.
- Urrutia, M.; Arrubla, M. (1970). *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Dirección de Divulgación Cultural